



Jeins Durán y Claudia Gil

CRÓNICA DE UN MATRIMONIO EN LLAMAS

La noche que lo cambió todo

CRÓNICA DE UN MATRIMONIO EN LLAMAS

La noche que lo cambió todo

Jeins Durán y Claudia Gil

Crónica de un matrimonio en llamas.

La noche que lo cambió todo.

©2025, Jeins Durán

Medellín, Colombia

www.jeinsduran.com

Primera edición en Colombia: agosto de 2025

Edición: Jeins Durán

El copyright posibilita el desarrollo artístico y cultural, fomenta la producción literaria y vela por los derechos de los escritores. Por tales motivos, no se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

jeinsduran.com

El fuego de tus palabras arde en un corazón que no se consume.



Jeins Durán y Claudia Gil

Son una pareja de esposos que lleva más de 30 años juntos, tienen tres amados hijos y viven en la ciudad de Medellín, Colombia.

Jeins es escritor bestseller y speaker. Entre sus libros están Celda 212; la biografía del futbolista Juan Guillermo Cuadrado; la biografía de Lina Gómez, la primera mujer colombiana en llegar a ser campeona mundial de karate; y otras obras literarias y artísticas que lo han hecho merecedor del premio PMA a escritor del año 2024, ganador del CREA México para llevar uno de sus libros al cine, y de la convocatoria COCREA Colombia, para llevar su obra al teatro, etc.

Por su parte, Claudia Gil es administradora de empresas con una amplia experiencia en el sector privado, así como líder de un gran grupo de mujeres a quienes sirve e inspira con base en el estudio bíblico y su testimonio.

En su propio matrimonio, Jeins y Claudia han enfrentado tormentas que les han dejado enormes aprendizajes. Ellos, conscientes del incalculable valor de tener una familia unida y feliz, se han capacitado a nivel nacional e internacional en el arte de aconsejar y acompañar matrimonios en crisis.

Después de más de 10 años de servir y de acompañar en todo tipo de procesos a centenares de parejas, presentan este pequeño ebook con la esperanza de que sea como una soga lanzada desde un barco hasta el pequeño bote que lleva noches enteras a la deriva, naufragando en medio de un mar de conflictos de pareja; porque ellos saben que, aunque las tormentas surgen hasta en los mejores matrimonios, y aunque a veces todo parezca perdido, sí es posible salvar un matrimonio, así parezca que naufraga... o que está envuelto en llamas.

Si tu realidad se acerca a esa escena, puedes encontrar un salvavidas hoy mismo haciendo clic aquí: <https://jeinsduran.com> allí encontrarás una práctica ayuda para matrimonios en crisis.

FUEGO

Capítulo 1

Sentí el golpe de su zapato de tacón sobre mi cabeza. Yo iba bajando por las escaleras desde el segundo piso, y ella, desde arriba, enfurecida, comenzó a lanzarme zapatos. Ese era el final.

Minutos antes yo había terminado de empacar mis pocas pertenencias en un viejo bolso militar. Un par de pantalones, dos o tres uniformes verde oliva, algunos cuadernos y una bolsita con cachivaches, eso era todo lo que yo tenía a mis, recién cumplidos, 18 años. Le había dicho a mis compañeros policías que la hermosa pelinegra con la que vivía estaba feliz a mi lado, pero mi tula al hombro y la lluvia de zapatos que me persiguió hasta que logré salir de la casa, estaban gritando otro mensaje.

Recuerdo las miradas de los compañeros al verme regresar al alojamiento policial. Hacía dos meses había salido triunfante porque me iba a vivir con una de las mujeres más atractivas del Metro de Medellín, pero ahora regresaba a engrosar la fila de los policías que, por no tener esposa, debían vivir en un inmenso salón lleno de camarotes, toallas colgadas por todos lados, radios que sintonizaban vallenatos a cualquier hora del día o de la noche, y un incesante olor a cobijas viejas. Haber regresado fue una derrota, nadie dijo ni una sola palabra, pero sus miradas me dejaron escuchar el eco de sus carcajadas silenciosas.

La primera noche no pude dormir. Después de una separación viene esa búsqueda de respuestas en la que se empecina el alma sin importarle si son las seis de la tarde o las tres de la madrugada. Se me hacía un poco más llevadero el día porque lograba distraerme entre capturas y procedimientos policiales en el centro de Medellín. Pero temía la llegada de la noche, porque sin falta me asaltaban ella y sus recuerdos, y de nuevo las preguntas que el alma no sabía responder. Una de esas noches, buscando quizás una escapatoria digna, me propuse olvidarla.

¿Olvidarla, dije?

Ojalá fuera así de sencillo, ojalá pudiera borrarse un amor como se borra una foto del teléfono celular o se elimina una publicación de tu Instagram. Cualquiera que haya amado sabe que las imágenes de este tipo no pueden enviarse así de fácil a la papelera del olvido.

Lejos de sacarla de mi mente, esa noche recorrí de nuevo cada escena de lo que habíamos vivido; esa tormenta borrascosa de pasión que había comenzado hacía tan solo un par de meses en la plazoleta sur de la estación Parque Berrío del Metro de Medellín.

Claudia, ese es su nombre. La conocí entre el bullicio

que se adueña de las tardes en el centro de una ciudad. Yo estaba de pie, pendiente de la seguridad de la estación del Metro que protegía, vestido con mi uniforme policial que mantenía tan reluciente como mis zapatos de charol; tenía un radio en la mano y el kepis debajo del brazo, cuando escuché el sonido de unos zapatos de tacón que se acercaban; y mi radar hormonal, que no dejaba escapar nada a los 17 años, la detectó.

Tengo clara esa imagen en mi mente. El cabello negro, la blusa blanca, la falda corta gris que hacía lucir sus piernas bien torneadas; todo me atrajo de ella... y todo me llevó hacia ella.

Esa misma tarde me acerqué a la taquilla del Metro donde ella vendía tiquetes, me presenté y la invité a salir. No aceptó mi invitación, ella tenía novio, y yo también estaba ya en una relación, pero nuestras miradas y los silencios que luego se llenaban con el estallido de sonrisas nos dijeron que había alguna puerta abierta para nosotros.

Me di a la tarea de conquistarla.

Yo trabajaba por turnos. A veces, de noche, cuando todos iban a casa yo me quedaba cuidando la enorme estación. Allí, además de las vías del tren y las plataformas de abordaje del público, había unas

oficinas, un pequeño cuarto para detenciones transitorias, etc. Yo aprovechaba la soledad para escribir cartas románticas que luego introducía en el locker de Claudia por una hendidura, de tal manera que, lo primero que ella encontraba al llegar a su trabajo, era un pedacito de mi corazón envuelto en palabras.

Aprendí a leerla, a interpretar el tono de su voz cuando me pedía que fuera a su punto de venta para algo relacionado con el trabajo, pero yo sabía que solo era una excusa para que nos viéramos. Una carta más, una llamada en la noche al teléfono fijo de su casa que finalizaba con:

—Cuelga tú.

—No. Cuelga tú.

Le di el primer beso quizás un mes después de conocerla. Fue lo que yo llamo un “besito andeniado”, es decir, un beso de despedida que se supone que es en la mejilla, pero termina siendo en una esquinita de la boca. Como sin querer queriendo. Fue justo frente al Comando de Policía de la Avenida Oriental. Yo tenía 17 años y ella 18 y un hijo de dos años, Sebastián.

Yo aún no lo sabía, pero ese besito andeniado uniría nuestros caminos para toda la vida.

Que ella tuviera un hijo nunca fue un impedimento para mí. Las cosas entre ella y el papá de Sebas nunca funcionaron, y en mi corazón había espacio suficiente para ambos. Además, ya estaba enamorado de ella.

Después del beso en la Oriental, el volcán hizo erupción.

Creo que ambos comprendimos que éramos mucho más que una pareja que se atraía, y dejamos que la historia fluyera sin reservas. Cierta noche, le correspondía a ella cerrar la estación y a mí quedarme a cuidarla.

Tú sola, yo solo, la estación sola...

El fuego inundó cada célula de nuestros cuerpos. La dopamina y toda la fiesta hormonal hicieron el resto. Enamorados, desatamos el éxtasis. Jmmmm, si esas paredes hablaran.

En medio de nuestro furor ella dejó a su novio y yo dejé a mi novia, y decidimos irnos a vivir juntos. Desde el día en que nos conocimos hasta el día en que nos fuimos a vivir juntos, pasaron apenas dos meses. El fuego había empezado, pero pronto empezaría a quemar.

HOGUERA

Capítulo 2

Para la fecha de escritura de esta crónica, mayo de 2025, han pasado cerca de 30 años desde aquel día en que llegué a su casa con la tula verde en la que llevaba mis pertenencias. Y hoy, desde la cima que nos permite mirar hacia el pasado con más serenidad, Claudia y yo podemos ver con claridad que en esa época de nuestras vidas hicimos justo todo lo que no debe hacerse: iniciar una relación sin haber terminado la otra, dar rienda suelta a todo el impulso sexual antes de tiempo, irnos a vivir juntos recién acabando de conocernos, y una larga lista de etcéteras. Teníamos todos los ingredientes que se necesitan para cocinar un fracaso amoroso. De hecho, desde ese día hasta la noche que lo cambió todo, nos esperaban 7 años en una dolorosa montaña rusa emocional que nos dejaba sin aire una y otra vez mientras descendíamos a toda velocidad hacia los conflictos más instintivos que habitan el ser humano y que afloran durante su vida en pareja.

Claudia vivía en ese entonces con sus padres, y con Sebastián, quien ya no sería más su hijo, sino nuestro hijo. Aunque, a decir verdad, yo no alcanzaba a dimensionar la magnitud de lo que esa responsabilidad implica, y tendría que aprenderlo sobre la marcha. Todos en aquella casa fueron amables y generosos conmigo. Recuerdo que yo estaba feliz de pasar la primera noche con ella en su casa, pero cuando amaneció, ella me confesó que...

sentía pena de salir del cuarto y mirar a sus padres a la cara sabiendo que habíamos pasado la noche juntos.

Con el tiempo la entendería a la perfección. Ahora, como padre de dos mujeres, sé muy bien que ese escenario dista muchísimo del respeto y la honra que merecen tanto ellas como los padres. Pero en ese momento fue así como decidimos vivirlo.

Solo unas semanas después fue la lluvia de zapatos.

Creo que la mayor ingenuidad a la hora de casarse o de irse a vivir con la pareja es creer que dos personas heridas se unen y todo va a ser paz y felicidad. Me explico:

Cada ser humano llega a la adultez superando una serie de obstáculos que ha tenido que vivir. Para citar algunos ejemplos podría mencionar rechazos que ha tenido que enfrentar aun desde el vientre, fracasos económicos o sentimentales, abusos, pérdidas, carencias afectivas, etc. Todos esos obstáculos han dejado, en mayor o menor nivel, traumas y heridas en su corazón.

Así las cosas, un hombre herido llega a unirse a una mujer herida. Pareciera la unión de dos puercoespines que están a la defensiva en la que cada uno expone las espinas de sus faltantes. Y la creencia

ingenua es que, al casarse, esas heridas desaparecerán como por arte de magia. Pero no es así.

Cuando me fui a vivir con Claudia, yo recién había cumplido 18 años de edad. Si hablamos de heridas, creo que mi corazón estaba lleno de remiendos. Crecí en una familia maravillosa que me brindó amor en sobreabundancia, mis padres estuvieron presentes, me afirmaron y protegieron con determinación; en realidad fui un niño enormemente feliz. No obstante, crecí en un entorno muy difícil a nivel económico, y las carencias de esta índole marcaron mi adolescencia entre el bullying del colegio por el lugar donde vivía y las comparaciones que mi mente hacía con otros jóvenes que tenían mejores posibilidades materiales.

A los 18 años no era consciente de mi propia realidad interna, pero ahora sé bien que sufría por una necesidad de aceptación, y que además creía que tenía una obligación de triunfar en la vida, quizás para demostrarme a mí mismo que sí valía; y esa sensación de siempre querer más incluía a otras mujeres. Por lo tanto, no comprendía el valor real de la fidelidad... de allí la causa de la lluvia de zapatos.

Pero eso no era lo único, creo además que a esa edad estaba muy lejos de comprender el poder de tener una palabra de honor, de lo que significa ser un pro-

veedor que es cabeza de casa, de establecer las prioridades que un matrimonio demanda, etc. En fin, yo estaba listo para herir... y eso hice.

Por parte de Claudia, ella había crecido también en un hogar estable y amoroso, sin mayores presiones económicas y una notable presencia materna, propia de la idiosincrasia antioqueña. Pero había algo en ella, cuya causa desconocimos por muchos años, y es que quería controlarlo todo, hasta la forma “correcta” de usar o no un trapo de limpiar en la cocina. Y ese exceso de control, sumado a algunos rasgos de comportamiento claramente heredados, la empujaron hacia una sensación de amargura que, como una planta enredadera que se adueña de un árbol, terminaba asfixiándonos. Ella también estaba lista para herir... y eso hizo.

Apasionados, heridos, enamorados, inmaduros, obsesionados y efervescentes... ¿qué podría salir mal?

Ese coctel de emociones nos embriagó. Y en nuestra borrachera nos separamos una y otra vez. Peleábamos, nos ofendíamos, nos amábamos y nos separábamos de nuevo; aunque dejábamos alguna puerta abierta para volver, y cuando abríamos de nuevo esa puerta venía la anhelada noche de reconciliación que sellábamos sexualmente como un

par de adictos en crisis a quienes les urgía una dosis más.

Así pasaron los primeros años.

Pero algo cambió el día que Maria Camila, nuestra hija recién nacida, se aferró a mi dedo meñique con toda su manito. Fue un 11 de octubre de 1999; ese día supe que mi vida tenía un sentido mucho más trascendente de lo que hasta ese momento, a mis 21 años, había tenido nunca. Ese día, al ver su pureza y la absoluta dependencia que tenía de nosotros, su sonrisa empezó a sanarnos el alma. Y un poco más adelante, decidimos casarnos.

Mi mente graba los recuerdos como fotos impresas. Al abrir el álbum de mis memorias veo un par de imágenes del matrimonio. La primera es del 8 de septiembre del año 2000; en ella estoy de pie en la entrada de la Notaría Novena en pleno centro de Medellín, y luego la veo a ella, está bajándose de un carro sencillo, pero está vestida con un hermoso traje de novia color perla que le confeccionó su mamá. Fue una sorpresa magnífica verla así. De mi parte, el traje que yo estaba usando lo había sacado fiado en algún almacén y lo estaba apenas pagando. Más adelante sería el traje de mi hermano menor, luego el de un tío, y así rotaría por toda mi familia como el traje de las fechas especiales.

La segunda imagen que viene a mi mente es del día después del matrimonio, en una cama que se desbarató.

Resulta que después de la ceremonia en la Notaría, regresamos con nuestras familias a donde vivíamos, en el barrio Manrique, en un segundo piso al que se accedía por unas escaleras muy empinadas, por las que subí a mi esposa cargada en mis brazos, por aquello de la tradición. Estaban todos nuestros padres y familiares más cercanos, hubo torta, baile y mucha alegría. No hubo luna de miel, o bueno, sí hubo, lo que no hubo fue viaje. Pasamos nuestra primera noche de bodas en el mismo cuarto donde ya vivíamos juntos, pero esa noche desbaratamos la cama.

Es cierto, algo sucedió y la cama se cayó; se partió uno de los largueros que la sostenía y amanecimos en el colchón sobre el piso.

La segunda imagen a la que me refiero es justo allí, en esa cama. El colchón está en el suelo sobre lo que queda de la madera partida. A mi lado está Claudia, y ya en la mañana llegaron nuestros hijos, Camila y Sebas. Creo que esa foto es tan importante en mi vida, porque representa el inicio, los orígenes de una palabra poderosa, una palabra que definiría lo que

empezamos a ser ese día; una palabra que nos lanzaría hacia la búsqueda del progreso, y de la felicidad a la que todos los seres humanos tenemos derecho. Esa palabra representa lo que somos y lo que seremos. Es la palabra *familia*.

Esa mañana, sin decirnos nada, y al saber que ya estábamos legalmente casados, creo que nos reconocimos como una manada, como un arcoíris que habría de convertir lo oscuro en arte cuando surcáramos las tormentas; como una mano joven y combatiente que se empuñaba en lo alto; como un óleo de colores que ahora estaba en las manos de aquel que pinta lo eterno. Esa mañana nos reconocimos como lo que somos, una familia que estaba y está dispuesta a salir adelante, y soñamos que un día tendríamos una casa propia con jardines, que veríamos crecer y triunfar a nuestros hijos, y que seríamos felices.

Dios nos permitiría lograrlo más adelante, pero esa mañana no teníamos ni idea de que, en nuestro caso, el camino hacia esa felicidad, como si fuera un tren, pasaría por montañas espectaculares perfumadas con los aromas del triunfo, pero que también tendría que cruzar valles oscuros y dolorosos, haría una parada en la cárcel y nos chocaría de frente contra muros que, sí o sí, tendríamos que atravesar, costara lo que costara.

La cama quebrada, la juventud en flor, la inocencia de los niños jugando sobre nosotros, la fe, la vida misma escribiéndose a fuego en nuestro pecho por el deseo de formar una hoguera... un hogar. Ella y yo sabíamos que podíamos lograrlo. Y nos lanzamos a luchar por ese sueño, el sueño de salir adelante y tener una familia feliz.